

# El Día de Fiesta



PASATIEMPO SEMANAL ILUSTRADO.

Redaccion. — V. PLATÉL. — R. NAVARRO. — J. PUGA.



—¡Tengo muerto el corazon!—La pulsacion es normal.—Eso consiste en que el mal,—es exceso de pasion...  
—O excesos de carnaval.

## SUMARIO.

TEXTO: La Pepa, por Vicente Platél.—El Tiempo (poesía) por Benito Losada.—Teatro, por Catano.—Las botas de mi amigo Ricardo (novela) por Rafael de Nieva.—Epigrama, por Benito Losada.

GRABADOS: por R. Navarro.

## LA PEPA.

## INTRODUCCION.

El naturalismo en el arte, es lo que priva.

Una novela naturalista, tiene el éxito asegurado; lo primero que se le ocurre á cualquiera hijo de vecino, cuando pone ante sus ojos una obra de esta nueva escuela, es, que aquella narracion trae *cola*, ó como si dijéramos, que es un asunto de mucha trastienda ó trascendencia, que para el caso viene á ser lo mismo.

Desde que el arte ha tomado este giro, me he dedicado á estudiar la naturaleza; estoy, por decir la verdad tal como sea, sin adornarla con las galas de la moda, sin disfrazarla con las hipócritas apariencias de una moral mal entendida.

La escuela naturalista no es una invencion francesa, ni española, ni de ninguna nacionalidad, es anterior á todas ellas, nació con el primer hombre, vivió con él mientras no pecó, y á buen seguro que si Adam no se come la manzana, seguiria siendo el hombre mas natural del mundo, vestiria al natural y... queda de pié que el naturalismo es tan antiguo como el hombre, y que de esta naturalidad naturalmente se desprende que el arte es el llamado á cantar, pintar, etc., etc... la naturaleza de las cosas y las cosas de la naturaleza.

Hecha esta profesion de fé, escuso decir á ustedes la intencion de mi estudio, mis aficiones artísticas, y demás menudencias por el estilo.

Es tal la conviccion que tengo, que... acaban de servirme un par de chuletas al natural—¿ustedes gustan? supongo la contestacion:—gracias.

## Capítulo I.

—Yo no entiendo de esas cosas; pero aseguro á usted, que en cuestion de cantos, estoy por el *cante flamenco*. Ni sé, ni me importa saberlo, si pertenece á la escuela Alemana ó Italiana, si predomina en él la armonía ó la melodía, si habla á la cabeza ó al corazon, aunque si en este dilema nos fijamos, creo que habla al corazon y á la cabeza, porque hace sentir y hace pensar.

Sin ir mas lejos, esas peteneras que acaba de cantar la Pepa, nos los dicen bien á las claras.

*Ya no vivo yo en la calle  
donde usted me conoció,  
que me he mudado á la plaza,  
¡ay Solea! ¡Solea!  
del desengaño mayor.*

¿Quiére usted expresar más, en menos palabras? Se siente... la mudanza, y se piensa... los dineros que se habrá gastado en efectuarla, de lo cual deduzco, que el cante flamenco, es el eclecticismo de la música; el positivismo filosófico, puesto en notas; el krausismo aleman...

—¿Quié usté callar? ¡so morral! el cante es la

gracia, porque sí, es el ¡ole! de lo bueno y á luego, con la garganta y el estilo de la Pepa... vamos ¡qué no hay mas que oír!

—Eso mismo es lo que yo digo.

—No señor, usted dice que el cante ¿usted comprende? es un sinapismo aleman...

—Perdone usted, yo no he dicho...

—Qué no se siente... ¡vaya unas cosas que se trae por parte de noche, el muy maleta!

—No nos entendemos.

—El señor, exclamó un tercero terciando en el debate, dice que el cante es el cante, y que el cante hace sentir y pensar,

—Eso es, eso he dicho y eso sostengo. La música por sí no expresa nada, dice lo que nosotros queremos que diga, y nosotros la hacemos decir lo que el alma siente en aquel momento.

Muchas veces una pieza musical, despierta en nosotros un recuerdo, agradable ó triste, segun son alegres ó sentimentales las notas que hieren nuestro oido.

—Al pelo, eso es hablar hasta allí.

—Ahora voy cayendo en lo que usted dice, y comprendo, que eso es la verdad.

Por eso siempre que pa tomar la embocadura empieza la Pepa ¡aaaaay! me acuerdo de los gipios que yo solté cuando me sacaron esta muela y casi me dan ganas de llorar.

—Sentimiento que despierta en usted la estética del arte...

Y nuestros tres interlocutores fueron interrumpidos en su discusion, por los preludios de unas javeras y el ¡ay! interminable de la Pepa, ¡ay! que le sostienen muy pocas cantoras cinco minutos y cuyo sostenimiento es uno de los mayores triunfos artísticos de nuestra heroína.

Aprovecharemos esta ocasion para conocer á nuestros personajes, y dar á conocer el sitio donde nos encontramos.

Pero, como en estas presentaciones hemos de ser algun tanto pródigos, paréceme que bien se merecen capítulo aparte.

## Capítulo II.

Tengo el gusto de presentar á ustedes á D. Homobono Sentimientos, literato de remplazo, artista de corazon, y profundo pensador, que posee una pequeña casa en las Vistillas, con cuyos modestos rendimientos tiene para comer unas sopas de ajo en paz y en gracia de Dios.

Excelente sujeto, cincuenton soltero, que—á la vejez viruelas—ha dado en mirar con buenos ojos á la Pepa, al decir de las gentes, aunque gasta gafas verdes para disimular la ausencia de pestañas en los párpados, y el ribete encarnado que los adorna.

A Francisco Sangrefria, aprendiz de todo y maestro de nada, que vive de lo que come, aunque se ignora de donde come, conocido por el sobrenombre de Paco el Chato, entre los que gastan *persianas* en cima de las orejas.

Y á el Sr. Manolo, vendedor de las Américas, hombre de buenas palabras y peores hechos, y los tres, asíduos concurrentes al café de los N... y contertulios en la primera mesa de la derecha, de la cantora y el pianista, dos apreciables artistas con quienes hemos de trabar amistades en el curso de nuestra historia.

Decíamos que preludiaban unas javeras.

El público estaba pendiente de los lábios de la cantaora—era mujer de mucha fuerza—y cuando hubo terminado aquel ¡ay! prolongado, como una carretera; dulce, como un azucarillo; desgarrador, como las manos de un niño; y profundo, como la misma profundidad, una salva de aplausos atronadores, un pataleo desesperado, un golpear el suelo con los bastones rabiosos y unos

—¡Ole mi niña!

—¡Venga de ahí!

—¡Viva lo bueno!

—¡La gracia en el mundo!

—Eso es cantar, porque sí y porque se puede.

Bravos, golpes, puñetazos en las mesas, aullidos y otras demostraciones de admiración, unieron sus discordantes vibraciones en el éter de aquella atmósfera de humo, y se entrelazaron unas en otras, armonizando una sinfonía orgiástica y desesperada.

Era el entusiasmo de los concurrentes, que llegaba—como el oleaje de las mareas á las playas de la orilla—á los oídos de la cantaora, convertido en un rumor de sumisa adoración.

Era el himno de gloria con que saludaban al género, los parroquianos de aquel establecimiento.

### Capítulo III.

La Pepa, era una jembra de mistó; una de esas mujeres que basta verlas, para que le den á cualquiera la gran desazon; morena, de grandes y rasgados ojos, mas bien alta que baja, de mano de nieve, lábios de coral, dientes... no, pérlas, en fin, una mujer aceptable, como dicen los inteligentes.

Vestia una bata de percal muy almidonada, y larga de cola; cubria sus hombros un pañuelo de manila, cuyas puntas, sostenidas por la mano derecha puesta en jarra, caían á lo largo hasta cerca del suelo.

Su peinado era la mar alborotada, grandes y artísticas ondas cubrían su frente; dos patillitas ensortijadas delante de la oreja, que lucía unos pendientes empañables, y un alto rodete sobre la coronilla, completaba su tocado.

Su cintura era flexible, como una palmera; y sus diminutos pies, salían por debajo de la bata tan corta por delante, como larga por detrás, incitantes y provocadores.

¡Cuántos se hubieran dejado pegar un puntapié de buena gana!... pero la Pepa, hacia uso de la mano con los atrevidos, y mas de cuatro tenían la cara hecha un mapa, por haber sentido en sus mejillas el peso de aquella mano, en cuyos dedos se veían hasta una docena de surtijas todas con brillantes.

La Pepa, era el *non plus ultra* de las cantaoras; la flor y nata de la gracia, la última palabra del garbo y el salero.

En cuanto á el pianista, era un infeliz que tocaba el piano por cuatro pesetas y un café con media tostada diarios, y con opción á llevar todas las noches á su señora á participar de sus triunfos, cuando ejecutaba un pot-purri de aires colados, que él se atrevía á denominar nacionales.

### Capítulo IV.

Terminó sus gipíos la Pepa, y aquel entusiasmo con que la habían saludado sus admiradores, necesitaba manifestarse de una manera mas *cognos-*

*cible*, para cuyo fin fué llamada á la mesa que ocupaban D. Homobono y sus dos compañeros.

—Venga aquí la gracia de Dios; habia dicho el solteron, y la gracia de Dios en forma de cantaora, habia llegado hasta D. Homobono, que se estaba largando al estómago una bala rasa.

—¡En el mundo! ¡vaya una garganta, y un estilo cantándose! ¡ole mi niña! decia Pacó el Chato saludando á la Pepa, y la Pepa tomó asiento y se dispuso á tomar lo que pagasen aquellos caballeros.

Corrieron una juelga de lo fino, hasta que el vestuto reloj del establecimiento dió las doce.

A las doce abandonaron el templo del arte y con paso no muy seguro, se encaminaron los cuatro al chuletín de la calle de la Comadre, llamado por mal nombre «La Terpsicore;» sociedad de baile.

### Capítulo V.

El baile flamenco, es un baile *sui generis*, dentro de los bailes de sociedad.

Ni tiene las contorsiones de nuestros bailes nacionales, ni los saltos de los bailables de buen tono.

Reposado, tranquilo, grave; es imposible expresar en que consiste; bailándole se le ama, una vez que se sabe bailar se ódia el sistema de los saltos.

Este es el *manzanilla*, y el flamenco tiene muchos mas atractivos que él.

Bailando á lo manzanilla, se sofocan los bailaores, echan el pulmon por la boca, y... han bailado.

En el flamenco, no se altera la circulación de la sangre, no hay asfixia; y en cambio se sienten los latidos del corazón de la pareja, se bebe su aliento, y como el verdadero chulo posa sus lábios sobre la frente de la chula, llena de rizos, á su vez llenos de cocimientos de zaragatona, *se chupa bandolina*.

A lo manzanilla se brinca y salta, será muy delicioso; pero ¿quién duda de las excelencias de lo flamenco?...

El salón de La Terpsicore estaba hecho, no un áscua de oro como diria un revistero de salones, sino un almacén de gracia y de salero.

Cuando nuestros personajes entraron, llovían bofetadas en el tocador, lo cual hizo exclamar á la Pepa llena de indignación:

—Miste que Dios, dos señoras dándose de gofetitas en el tocaero, así perdemos el crédito las personas decentes y nos toman á todas por unas cualesquieras.

A poco se armó la gran bronca en el salón y la autoridad tuvo que disolver el baile.

VICENTE PLATÉL.

(Se continuará.)

### EL TIEMPO.

¡Terrible condicion es la del hombre!  
cuando es jóven, feliz, duerme de mas;  
si á viejo llega y sufre, apenas puede  
el sueño conciliar.

Por eso yó, que á la vejez me acerco,  
del insómnio fatal, víctima soy,  
y lloro en mis vigalias recordando  
el tiempo que pasó.



Siguiendo á la batuta—sus movimientos,—saltan  
y conste que no al



Profesores—de los asientos.—Dirije *al pelo...*—  
sus cabellos.

Desgarrando las ténues cicatrices  
de heridas que sangrientas aun están:  
hasta el recuerdo del placer pasado  
me causa hondo pesar.

Mientras el ruiseñor canta en la noche  
hasta la aurora en que despierta el sol;  
mientras las flores al nacer sonrien,  
mis penas lloro yó.

Mientras la alegre juventud se agita  
en el baile, la orgía y el burdel,  
oro, salud y juventud gastando,  
llorar es mi placer.

En tanto que el galan enamorado  
oculto en la penumbra del jardín,  
cuenta su amor á la mujer que adora,  
el sueño huye de mí.

Si alguna vez, feliz, lo reconcilio,  
siento sobre mi frente la impresion  
de una mano fatal, que la comprime,  
con peso abrumador.

Es la mano huesosa y descarnada  
de horrible espectro con ceñuda faz,  
que fija en mí de sus hundidos ojos  
la mirada glacial.

Una noche... aterrado la recuerdo,  
con fatídica voz, me dijo así:  
—¿Por qué lloras, mortal? yo á tus pesares  
podiera poner fin.

¿Ambicionas riquezas, timbres, lauros,  
mujeres que de amor te dén placer?  
¿Quiéres inspiracion? dí lo que quieres  
que yo te lo daré.

—Huye de mí—le dije.—Mis dolores  
no vengas por mi mal á acrecentar.  
Los tristes desengaños de la vida  
me aflijen, nada mas.

El tiempo que perdí, nécio, ofuscado,  
con la mujer que finge eterno amor  
y luego nos hasta ó nos engaña,  
es lo que lloro yo.

Haber creído en la amistad sincera  
de algunos que enemigos ví despues,  
mi afecto y mis favores olvidando,  
lloro, triste, tambien.

Lloro el mirar mis bellas ilusiones  
marchitas para nunca mas tornar;  
los años que me agobian, pues cercana  
la vejez miro yá.

Alzó el espectro su pesada mano  
y me dijo al partir con ronca voz:  
—Ya comprendo, tú lloras por ser viejo:  
llora, tienes razon.

El tiempo soy, yo nunca te abandono,  
desde tu origen voy unido á tí;  
te ví nacer, gozar, llorar te veo  
y te veré morir.

Al despertar despues, triste me dije:  
«El tiempo, todo en la existencia es,  
mas ¡ay! despacio marcha en los dolores,  
rápido en el placer.»

En nuestra juventud, nécios ansiamos  
que vuele el tiempo, con febril afan,  
mas ¿qué no hiciera aquel que á viejo llega  
para volverse atrás?

Feliz el hombre que, al morirse, deja  
un nombre ilustre de su vida en pós;  
séres que le recuerden y le lloren.  
Ese no muere, nó.

BENITO LOSADA.

## TEATRO.

Tarea difícil, muy difícil es la de emborronar cuartillas, que al transformarse en columnas de periódico, han de ser leídas por el público, y mucho mas difícil todavía, conseguir escribir á gusto de todos los lectores. Pues ayúdenme VV. á sentir lo que sucederá, cuando un pobre revistero como yo, se ve obligado á esponer su opinion, que forzosamente ha de agradar y desagradar, segun que alabe á unos, ó censure á otros. Sin embargo; yo tengo una buena cualidad, quizás la única, entre todas las malas que me reconozco. Esta consiste, en decir siempre la verdad importándoseme *un bledo*, que haya *ciertas ó determinadas personas* que no miren con buenos ojos mi manera de ver las cosas; pero como las aclaraciones nunca están demás, bueno será hacer presente, que las apreciaciones que yo pueda emitir, solo se refieren, á lo que mi *modesto* criterio me dicta, y nunca, á conclusiones que puedan dar lugar á suponer, que trato de hacer regla general, de lo que despues de todo, solo debe considerarse como una escepcion.

Hecha esta salvedad, y cumplido con este deber de conciencia—porque han de saber VV. que yo tengo mucho miedo á esta *señora*—procuraré entrar en materia; es decir, daré mi opinion con respecto á las obras puestas en escena, durante la pasada semana, en nuestro teatro; y conste una vez mas, que lo que yo pueda decir, será siempre tan escaso en valor como pródigo en franqueza, y... *voilà tout*.

La tercera representacion de *Il Trovatore*, fué un verdadero acontecimiento: nunca aplausos más espontáneos y merecidos, se han tributado á los artistas que en el desempeño de la obra tomaron parte. La representacion de esta ópera, ha sido una série no interrumpida de triunfos, y difícil, muy difícil es establecer diferencias ó escepciones. El Sr. Franchini, completamente restablecido de su dolencia, se presentó en el pleno de sus facultades, y antes de aparecer en la escena, arancó nutridos aplausos al terminar la serenata del primer acto. Durante toda la representacion, logró este distinguido artista, el favor del público, y en el tercer acto, el entusiasmo llegó á su limite, y el simpático tenor, fué objeto de una ovacion tan merecida como espontánea. Yo, declaro, que fuí de los que mas aplaudieron; y no vacilo en asegurar al señor Franchini, que el *Manrico* representado por él, constituye la reputacion de un artista, y se hace acreedor al aplauso del público mas exigente.

La Sra. Escalante, Srta. Llanes y Sr. Fárvaro, estuvieron á la misma altura que en las anteriores representaciones, es decir, muy bien; y si de ellos no me ocupó en este momento con mas detenimiento, es porque ya los juzgué en otra ocasion, y únicamente, exceptúo en esta al Sr. Franchini, porque solo en la tercera representacion de *Il Trovatore*, he podido apreciar las facultades que posee.

Repito, pues, mi enhorabuena á todas y á todos, los que tomaron parte en la ejecucion de esta obra.

En la noche del sábado, subió á escena por primera vez, la magnífica partitura de Donizetti, *Favorita*: veamos el desempeño que tuvo.

Quizás ninguna obra exigia—mas que la que de nombrar acabo—una buena interpretacion, para que el público se entusiasmara con los artistas de la empresa Molina; y con esto quiero decir, que estaba en la conciencia de todos, que esta ópera, fué la que mejor éxito alcanzó en la última *campana teatral*, y que por lo tanto, se hacia indispensable que presentara un buen conjunto, para que las esperanzas y los deseos del público no quedaran defraudados. ¿Se consiguió esto? ¿Pudo el presente borrar los recuerdos del pasado?... En mi humilde criterio me parece que nó; sin embargo esto, no quiere decir que la ejecucion no fuese admirable, pero nadie ignora que sin que el mérito decaiga, hay obras que no pueden mejorarse, y esto ha sucedido con *La Favorita* que nos presentó la empresa Cepillo.

Conste, que me complace en consignar que la interpretacion fué muy buena, que hubo artistas que supieron arrancar espontáneos y justos aplausos, pero que así y todo no escitó el entusiasmo que se desarrolló en el público durante las dos primeras representaciones de la ópera, en la última temporada

Partiendo de esta base, procuraré en las menos palabras posibles, decir lo que mi siempre *modestísimo* criterio me dicte, con respecto á el desempeño de la obra.

La Srta. Llanes, fué aplaudidísima en diferentes pasajes, y con especialidad, en el aria del tercer acto y final del último; tuvo momentos felicísimos en los que demostró una vez mas sus condiciones de excelente actriz, aunque se me antoja que *nos hizo una muerte* que se identificaba mas con una *congestión cerebral*, que con la especial situación de la protagonista; á pesar de todo, esto es un detalle que en nada oscurece el mérito que me complazco en reconocer en la bella Eleonora.

La Sra. Estéban—aunque no tuve el gusto de oír lo que cantó—supongo que lo haría como ella acostumbra, es decir, bien. Fárvaro á gran altura; sublime en el *andante* y *allegro* del segundo acto; manifestando siempre su notable escuela de canto, poniendo de relieve su exquisito gusto, matizando con los mas bellos colores de la inspiración, las situaciones mas delicadas; y demostrando en todo y para todo, que es el artista de corazón, que siente y sabe hacer sentir; en una palabra; que es el mismo de siempre, y que no establece otra diferencia ante el público que le admira, que amoldarse al carácter y situación de los personajes que representa.

El tenor Franchini, muy bien, y admirable en el cuarto acto: casi me dolían las manos, á fuerza de tanto aplaudir, al terminar la última frase de la romanza que ha hecho célebre al primer tenor del mundo, á nuestro compatriota D. Julian Gayarre.

Bravo, Franchini, así se canta, y así se recojen los verdaderos aplausos.

El Sr. Soldá, cantó lo mejor que pudo la parte que le estaba confiada en esta obra; y á decir verdad, me complazco en afirmar que no descompuso el cuadro general.

El coro masculino, se fué por los cerros de aquella población de Andalucía que todos VV. conocen, y el público, dió muestras bastantes significativas, que no debieron pasar desapercibidas por los interesados: en fin otra vez lo harán mejor.

En la gente de abajo—léase orquesta—hubo sus pequeños *turbantes*, y ya que hablo de esto, me permitiré llamar la atención del Sr. Reparaz, para que á su vez lo haga á quien corresponda, sobre ciertas *algaradas* y *jolgorios* en que toman parte los *inseparables* Ibarguren y Lizarralde, los que en ocasiones determinadas, se permiten atentar contra la reconocida gravedad del buen Espinosa, dando lugar con esto, á que una parte del público comente las cosas á su manera.

Un detalle escénico: la *tizona* que exhibe el amigo Franchini en el tercer acto, parece un verdadero *tizon* por lo súcia y negra; creo que sin grandes desembolsos podía proporcionarse á D. Fernando, otra espada mas decente, porque no considero que por el solo hecho de tener que romperla en la escena, se prescindan de ciertos detalles *estéticos*, dando así motivos sobrados, para que se excite la hilaridad en el público, y aun en los mismos artistas.

La segunda representación de *Favorita* alcanzó mejor éxito que la primera, apesar de hallarse indispuesta la Srta. Llanes. El coro del *sexo feo*, volvió por su honra.

Con razon aseguran los que creen en ciertas supersticiones y augurios, que es día aciago el tercero de la semana; por eso sin duda, en la noche del martes, sucedió lo que sucedió, al representarse por segunda vez la *Norma*. La gente de arriba—expresion Reparaz—tocó por todo lo alto, el instrumento que con tanto acierto toca en la orquesta el amigo Suarez; la Srta. Estéban, se empeñó en hacernos olvidar el buen concepto que de ella formamos en la primera audición de la ópera; el Sr. Franchini *admirablemente* mal; los coros á la *negligé*, la orquesta, á veces por lo mediano, y á veces bien; Orovoso, un punto mejor que el de marras, aunque dejando mucho que desear: solo la Sra. Escalante, se mantuvo en terreno firme, y aunque se vió desamparada—porque no hubo un alma caritativa que contribuyera á realzar sus brillantes facultades—supo sin embargo hacerse lugar, demostrando, que era la artista de siempre; fué la única que se ganó aplausos, y si mayores no fueron, culpe á los personajes que tan mal la acompañaron, y que influyeron no poco en la frialdad del público.

Resumiendo; grande, muy grande, fué el *camelo* que nos dió la segunda representación de una obra que con tan brillantes auspicios se iniciaba noches atrás. Es preciso tomar la revancha en la primera, señores artistas.

Con satisfacción observé, que las *cestitas* y *cestitos* de que hice mencion en la pasada revista, fueron dignamente remplazados: no así el consabido *machete*, por mas que procuraba ocultarlo cuidadosamente, el guerrero número tres, empezando á contar por la izquierda del espectador.

«No hay deuda que no se pague ni plazo que no se cumpla.»

Quiero decir con esto, que al público se le debía una *Lucia* (entendámonos, una representación de la ópera que lleva este nombre) y jamás deuda alguna fué satisfecha tan escrupulosamente, ni con un tanto por ciento mas pingüe. La mejor apología que hacer pudo de la interpretación de esta obra, es decir, que estubo en razon inversa de la segunda representación de *Norma*. Primera sorpresa; en letras de molde, se anunciaba que por indisposición del Sr. Camins, se encargaba el Sr. Fárvaro de la parte que correspondía desempeñar á su compañero. Sin que esto sea ofender al apreciable Camins, diré, que me alegré en el alma de este cambio; la razon es muy fácil; la admiración y simpatía que yo siento hacia el *perro viejo*—como dice un periódico madrileño cuyo título es enemigo de *oscuridades*—raya casi en fanatismo, y bajo tal supuesto, nadie puede extrañar mi alegría.

Se levanta la cortina; da principio la representación; las sorpresas se suceden y se multiplican, y el termómetro que señala el entusiasmo público, acusa muchos grados de *calor*. Y aquí me tienen VV. en grave compromiso, porque me declaro impotente para describir con todo el colorido que el asunto requiere, todo lo que en la noche del miércoles—tercera de moda—sucedió en nuestro coliseo.

La Srta. Romeldi consiguió sostener y aumentar el entusiasmo del auditorio, entusiasmo que se convirtió en fanatismo al terminarse el rondó final del tercer acto; bravos, exclamaciones, estrepitosos aplausos; en fin, todo cuanto constituye una verdadera y espontánea ovación, llenó por completo los ámbitos del teatro: la notable *prima donna*, vióse obligada á presentarse tres veces en el palco escénico, y creo que las manifestaciones de que fué objeto, han de vivir siempre grabadas en el corazón de la simpática, cuanto modesta artista, que así logra conmovir y despertar los sentimientos del espectador. Y no fué esto solo; durante toda la obra se insinuó el público de igual modo; en una palabra, el triunfo obtenido por Emma en la noche en cuestion, ha sido el más lejítimo, el más espontáneo, y por supuesto el más justo, porque solo así podía el escojido auditorio recompensar el mérito de la que tan brillantemente supo interpretar desde el principio al fin, la parte que á su talento é inspiración estaba confiada.

El Sr. Franchini, admirable, y sublime en el último acto; dígalos sino la ovación de que fué objeto.

NOTA: Me complazco en llamar la atención sobre la circunstancia siguiente: el Sr. Franchini, canta el cuarto acto de *Lucia*, al tono, cosa muy rara en estos tiempos en que todo se transporta.

Y qué diré de mi amigo D. Pedro?... Nada que pueda expresar mas de lo que antes dije del eminente barítono; por no perder la costumbre exclamaré una vez mas... ¡bravo!...

En una palabra; la segunda representación de *Lucia* ha sido *acabada*, superior, y lo que es mas todavía, ha presentado un conjunto admirable. La orquesta; notablemente bien.

Ibarguren, como siempre fué el héroe de la noche: me callo porque temo no saber decir todo lo que él se merece. ¡Qué fantasía de *Fansto!*... Qué malagueñas!... y sobre todo qué amabilidad la suya. Lo único que me parece, es que el público abusa un tanto de la complacencia del distinguido artista.

Un detalle para concluir: al terminar la Srta. Romeldi su rondó, y cuando recibía los entusiastas aplausos del público, un ramo de flores cayó á sus piés; era la manifestación, el tributo que otra notable *prima donna* dedicaba á su compañera. La Sra. Escalante no puede ocultar nunca sus verdaderos sentimientos de artista.

Y como creo heber llenado mi cometido, sino con *erudición*—como equivocadamente dijo cierto *colega* á quien profeso verdadero afecto—al menos dentro de mis pobres facultades, haré aqui punto final, asegurando á VV. que algun día llegaran á conocer, que no tiene nada de *poética*—como equivocadamente dijo el *colega* en cuestion—la pobre personalidad de

CATANO.

## LAS BOTAS DE MI AMIGO RICARDO.

(NOVELA REALISTA).

En aquella pícara cabeza, ... redonda, resuelta, escultórica, habia talento; y en aquella cara de patina atezada como la de un africano, de facciones lascivas, de ojazos negros y brillantes, habia génio y un no sé qué de socarronería y de fuerza de

voluntad incontrastable; ardiente sangre vigorizaba aquella naturaleza pródiga... y sin embargo, Ricardo estaba flaco; muchas veces—aunque él era más bien bajo que alto—se me figuraba estar viendo, particularmente cuando le estudiaba de perfil, como nosotros decíamos, al poeta Pedro Gringoire; y eso que maldita de Dios la semejanza que tenía con el héroe de Hugo.

Pero sí la tenía, y hé aquí el quid de mi comparación: porque si aquella osamenta, prodigiosa por lo fuerte, si aquel armazón de huesos que recorría diariamente cuatro veces lo ménos, la distancia que media entre el Barranco de Embajadores y la calle de Recoletos, donde teníamos el estudio, se hubiera visto en peligro de muerte, só pena de que alguna princesa del Lavapiés, de las Vistillas ó del Rastro, le aceptase gratis el *ad amore* como marido, tengo para mí que á no repetirse la milagrosa aparición de una segunda Esmeralda, y esas cosas solo ocurren, por desgracia, en las novelas románticas; Ricardo perdía el pellejo, que realmente era lo único que tenía que perder, como todos nosotros.

¡Nosotros! Hé aquí una palabra que aún me conmueve; porque esta pícaro declinación del pronombre, me recuerda á algunos buenos camaradas que han muerto; á otros no tan buenos (como amigos, se entiende) que han triunfado en la lucha y que ya no existen para el sentimiento de la amistad, y á otros que vivi... ¡doblemos la hoja! El hecho es que entre todos ellos, escritores, pintores, poetas, discípulos del Conservatorio de declamación y música, artistas é ingenios en embrión, *in herba* como dicen los italianos, había muchachos de talento, de gran alma, de imaginación prodigiosa, riquísima florecencia de esperanzas que en su mayor parte ha marchitado el viento del infortunio, y... y juntos alquilamos aquellos dos *sotabancos* fronteros, en el promedio de la calle de Recoletos, que custodiaba un perrazo de la propiedad de la *cofradía*, á quien solemnemente bautizamos con el nombre de *Nerón* y una ilustre dama, la portera, que había sido comparsa del teatro de la Cruz, cuando el inolvidable Lombía refundió y representó *El Trapero*; y la que llamábamos *madame Pipelette*, en recuerdo eterno de la esposa del *casto* víctima de Cabrion.

Además, ¿cómo no recordar aquel estudio? El pintor catalán Tapiró, que ya trabajaba en Roma, nos remitió para la apertura un boceto de su íntimo amigo Fortuny; y una preciosa vista de la iglesia de Santa Croce de Florencia, pintada por él, que entonces se dedicaba con afán á la perspectiva, porque su sueño dorado era llegar á ser un gran *escenógrafo*; Balaca, el nunca bien llorado Balaca, hizo allí sus primeras pruebas; un actor célebre hoy, á quien no he de nombrar, ensayaba en aquellos *sotabancos* *Los amantes de Teruel* y *El Delirio del rey D. Pedro*; y una noche la policía fué á llevarse á quel don Pedro de diez y ocho años, que tenía á la vez el alma de actor y de tribuno... pero no sé lo llevó! ¡no! madame Pipelette fué su ángel custodio... y su sobrina también. ¡Pobre Eladia! ¡Era rubia, flébil y poética como Ofelia, se sentía atraída por el arte como la mariposa por la llama, y al volver yo á Madrid el año sesenta y nueve, la hallé en el Prado vendiendo *rosas y pitu* (1) á las altas horas de la noche, con un *industrial* famoso por su brutalidad y sus borracheras, llamado de apodo *Garibaldi*!

Pero vamos al objeto de estas *parrafadas* tan incongruentes como el magín de quien las zurce, que ya es tiempo.

A principios del invierno del sesenta y cuatro, Ricardo—más flaco cada vez—desapareció del estudio y de la calle de Sevilla y del *Café Oriental*... ¿estaría enfermo? ¿Se habría suicidado?

Acudimos á su tugurio; y su patrona Doña Nicolasa Escobilla, nueva Calipso de cincuenta abríles, nos manifestó que jamás se consolaría de su marcha; pero que él se había llevado la sombrerera, la bufanda y la *Vénus impúdica* que tenía al lado de la cama, y que no sabía su paradero.

Mariano, nuestro legendario mozo del *Oriental*, me dijo á mí con cierto énfasis misterioso y melodramático:

—¡Yo le dí de cenar hará unos quince días, porque me trasladase al papel mi retrato que había dibujado en el mármol de la mesa! Cenó bien... y no le he vuelto á ver! Pero... ¡andaba de un modo al irse! ¡Miraba de un modo al suelo!...

¡Ah! ¡miraba sus botas!—él mismo me lo dijo;—¡miraba ese adnículo indispensable del *decorum social*, honra del vípedo implume que le calza, si están nuevas y son de buen corte; y padron de ignominia, si el cordobán descosido, pregona la miseria del ciudadano que arrastra tales apéndices!

Miraba sus botas y contemplando la ruina irremediable de aquella obra maestra de *Reinaldo*. se juró—bien podía jurár-

selo—no comer pan á manteles, ni andar por donde andubiese la gente, hasta que su base de sustentación fuese digna de un sacerdote del divino arte de Rubens y Murillo.

Pero... ¿cómo lograrlo? la sombrerera, la *Vénus á quien tan mal trataba D.ª Nicolasa*, y hasta la caja de colores, se habían ido quedando como prendas pretorias en la clásica posada de la Aduana y en no la menos clásica hostería de la calle de Jardines: no tenía paleta, ni pinceles, ni tela, ni esperanzas, que es lo menos que se puede tener; cuando sus ojos, hundidos y melamólicos como los de los frailes extáticos de Zurbarán, distinguieron entre el barro de la calle de *Trajineros*, por la que á la sazón discurría, un objeto rectangular; la tapa de un cajón de cigarros. Ricardo hizo un gesto, miró á derecha é izquierda y como á penas pasaba nadie, se inclinó y...

—Ya tengo tela.—Se dijo; y echó á correr como si hubiera cometido un delito, hácia el Museo de Pinturas.

Eran las ocho de la mañana, nadie había aún en las salas de estudio: los lienzos cubiertos, dormían en los caballetes, esperando el *fiat-lux* de la creación artística; las cajas de colores estaban cerradas, y la mayor parte, sugetas al caballete respectivo con cadenillas; varias paletas sueltas, destacaban aquí y allá sobre las cajas y las ménsulas esparcidas en el salón, sus vivos matices; uno de los mozos de limpieza canturreaba con voz *becerril* en el patio *La Pepa de los Lunares*, «spartito» muy en boga en la época; el hielo se posaba en los arriates de los jardinillos contiguos; los retratos de la escuela flamenca, parecían mirar, por entre las abiertas puertas en son de reto, la *Rendición de Breda* del insigne Velazquez; el cierzo del Guadarrama, penetraba en las vastas estancias, como ministro plenipotenciario de su hija la pulmonía; y Ricardo, febril, exaltado, contemplaba con la mirada atónita, las vírgenes, los santos, los frailes, los enanos, los guerreros, los bufones y los reyes de la Casa de Austria, desde el magnífico Carlos de Gante, gloria del Tiziano y de España, hasta el cadavérico Carlos el Hechizado, muerto viviente cuya lenta agonía dió la inmortalidad á Claudio Coello; fijos los ojos en las manecillas de los relojes y sintiendo repercutir en su cerebro debilitado, hueco, el *tic-tac* de su pulso y el de su corazón, que palpitaba como si quisiera romperse á cada segundo que trascurría.

(Se concluirá.)

RAFAEL DE NIEVA.

## EPÍGRAMA.

Socorro, Juan su marido,  
y su vecino Campillo,  
juegan de noche al tresillo  
por ser juego entretenido.  
Y aunque le advierte Socorro  
que falta á la educación,  
su esposo, por distracción,  
tiene siempre puesto el gorro.

BENITO LOSADA.

## TEATRO PRINCIPAL.

El domingo 4 del corriente se pondrá en escena la grandiosa ópera en cinco cuadros, titulada:

## NORMA.

Exornada con cuanto requiere su argumento.

El martes 6 del corriente hará su debut la Srta. Herz con la ópera *Un Ballo in Maschera*.

(1) Hojaldré ordinario que compran los muchachos, y aguardiente.